

JULIO CASTRO

COMO VIVEN "LOS DE ABAJO"
EN LOS
PAISES DE AMERICA LATINA

Aspectos de la Política
Latino-Americana

Conferencias dictadas en el Salón de Actos
de la Asociación de Bancarios del Uru-
guay, los días 20 y 27 de octubre de 1948.

Publicaciones de la Asociación de Bancarios del Uruguay

M O N T E V I D E O

1 9 4 9

PRESENTACION DEL CONFERENCISTA

SEÑOR NICOLAS V. DECIA. — La Comisión de Cultura de la Asociación de Bancarios del Uruguay inicia hoy un nuevo ciclo de actos y conferencias, tendiendo con ello a cumplir con uno de los fines específicos de nuestra Institución. Y entendemos que ello lo cumplimos, llevando a conocimiento de nuestros afiliados los problemas de interés general a los cuales nuestra sociedad no puede escapar, y que los bancarios tienen la obligación de conocer y divulgar.

La Comisión de Cultura ha tenido la felicidad, para iniciar este ciclo, de contar con el valiosísimo concurso de un hombre de la jerarquía moral e intelectual de Julio Castro. Ello nos honra y enorgullece; enorgullece a nuestra Institución y a los que en ella actuamos.

Dejemos la palabra al señor Secretario Rentado de la Asociación, señor Arno Fabbri quien les va a hacer a ustedes la presentación del orador, el señor maestro y periodista don Julio Castro.

(Muy bien!)

SEÑOR ARNO FABBRI. — Es usual presentar a los oradores. Nosotros, pues, no podemos escapar a la norma. Pero tratándose de Julio Castro no interesa hacer una relación de los cargos que ha desempeñado en su carrera de maestro. Lo que importa es hablar del hombre. Porque cada día tiene más importancia frente a los avatares de la vida. El hombre toma una posición ante ese cúmulo de problemas y la grita, seguro y firme de decir su verdad, a pesar del "me conviene", del "no te metas" y de todos los conformismos de la sociedad.

Julio Castro, como maestro y periodista, demuestra justamente que es un hombre. Como maestro, se adentra en las causales que impiden la transformación del niño en un ser pensante y libre. En esa labor recorre nuestro país. Observa, analiza y expone luego, cuáles son los problemas en que se debate nuestra infancia. En esa obra de desbrozamiento, va

reflejando la miseria material y moral de los pueblos de ratas, en una serie de notas que lo señalan como un magnífico escritor. Notas que, a pesar del silencio inicial, tuvieron eco en un grupo de estudiantes maestros que siguieron su ejemplo, en forma tal que lograron conmover la pacífica digestión de la sociedad capitalina, aunque no en forma suficiente como para ir a soluciones de fondo.

La política de gritar verdades es el signo de Julio Castro. Así lo vemos lanzarse a otros países en búsqueda de experiencias sobre la educación rural, y aprovechando esta oportunidad nos hace descripciones agudas y con una valentía desconocida en nuestro periodismo.

Señores: agregar algo más sería caer en redundancia. Olgámoslo y ustedes dirán si nos hemos equivocado.

(Aplausos)

PRIMERA CONFERENCIA

(La Situación Económico - Social)

Señoras; señores:

Yo no puedo, ni debo, ni sé tampoco hacer un análisis exhaustivo del problema de cómo viven "los de abajo" en los países latino americanos. Los llamamos "los de abajo" siguiendo la expresión que usó para designar las clases más pobres de su país, el novelista mexicano Mariano Azuela. No puedo hacer ese análisis exhaustivo, porque he pasado muy rápidamente por muchos países, y aunque en alguno he podido detenerme más, tratando de entrar a fondo en algunos de sus problemas, siempre la exposición de datos que pueda hacer aquí, en poco excede la apreciación panorámica y fugaz del viajero.

Sólo diré lo que he visto, sin tiempo y documentación a mano para hacer más. Pero las personas que me hacen el honor y que tendrán la paciencia de escucharme, seguramente al final convendrán conmigo en que las cosas dichas aquí alcanzan y sobran para formarse un idea de cuál es la situación social que existe en los países latino americanos.

A los efectos de una fácil ordenación, voy a seguir el itinerario que cumplí en el viaje. Pero por alto la Argentina porque sé poco de ella y porque además la vida social ha cambiado mucho en los últimos tiempos, planteándose con ella nuevos problemas que no conozco bien.

Hace diez años, por ejemplo, en el norte argentino conocí esa forma de explotación que se llama "la tienda de raya", muy común en muchos países y no desconocida totalmente en el nuestro. Consiste en una tienda, almacén o pulpería que se instalaba al lado de la casa grande, la casa del

equilibrados, se les pagaba a los peones y con esas fichas ellos a su vez hacían sus compras.

Conoci las "tiendas de raya" en el noreste argentino en la zona de arrozales regada por el río Mirafay, hace algunos años. Ahora tengo entendido que las cosas han cambiado bastante.

La "tienda de raya" pueda encontrarse en Bolivia, en Perú, en Ecuador, etc. Siempre es el mismo sistema de explotación.

INDIOS, CHOLOS Y BLANCOS

Bolivia tiene alrededor de cuatro millones de habitantes, clasificados así: medio millón de blancos, un millón de cholos, —es decir de mestizos de blanco e indio—, y dos millones y medio de indios.

La realidad que nos interesa ahora es la de los cholos y los indios. El blanco forma la clase aristocrática: es el abogado, el médico, el profesor, el hancario. El cholo forma la clase media, pero no en el sentido que le damos nosotros a la expresión, sino en el de diferenciación por razas. Es la clase que queda entre el blanco —raza definida— y el indio, —también raza definida—.

El cholo lleva consigo un resentimiento interno: quiere parecerse al blanco, pero no es blanco. Tampoco puede y además no quiere, parecerse al indio. El blanco lo repudia porque es cholo y el indio también lo repudia, porque lo considera el traidor y entregador de su clase.

El cholo va formando poco a poco, al ritmo lentísimo del desenvolvimiento industrial de Bolivia (1), el proletariado desclasado de las ciudades bolivianas. Desgraciadamente la cruz de blanco e indio ha dado un elemento humano muy malo, y el cholo goza de todos los prestigios de su mestización. Al punto que aparece como el tipo más negativo de los que integran la población boliviana.

No obstante los cholos de La Paz fueron los que hicieron el movimiento contra Villarroel. Lo que demostraría que el cholo no es tan malo como lo acredita su fama.

Por debajo de éste está el indio. Hay dos razas de indios bien definidas: los quechuas que son los descendientes de los pobladores del

(1) Bolivia es un típico país south-americano. Su producción se reduce a la explotación de materias primas. La industria casi no existe allí. La Paz es una ciudad sin fábricas. Por consiguiente no hay, prácticamente, proletariado industrial.

Imperio de los Incas, y los aymaras, raza distinta a los quechuas y que, en tiempos del Imperio, fueron sus tributarios obligados.

Cuando el Imperio de los Incas se estableció en el Altiplano, los aymaras buscaron su defensa poblando las partes más altas, casi inaccesibles. Cuando el Imperio fué sustituido por la Colonia, los aymaras continuaron en sus montañas. Y cuando vino la Independencia, que — la verdad sea dicha —, no llegó nunca hasta los indios, el enemigo vino a ser el criollo.

Así los aymaras se mantienen aún a cuatro mil metros de altura, donde ya no viven las vacas y los caballos casi, pero donde tienen que vivir los hombres, huyendo de los otros hombres.

Los quechuas forman una población de más o menos dos millones de personas. Son en su mayoría agricultores sujetos al régimen del "pongueaje". Vez pasada se me negó que existiese el pongueaje en Bolivia, cosa que desgraciadamente no se puede desmentir sin violación de la verdad. El pongueaje existe y alcanza a millones de personas porque no sólo es de Bolivia, sino que se extiende a casi todos los países del norte.

El pongueaje es un régimen de trabajo y un régimen de vida. El "pongo" es el indio sujeto a ese régimen. A la mujer, en el mismo caso, se le llama la "mitani".

Una finca —el equivalente de nuestras estancias— pertenece a un patrón, que es el dueño de la tierra. Esta se divide en parcelas de poca extensión, que son cultivadas por los indios mediante métodos muy rudimentarios. El patrón da al indio una parcela en usufructo y de ella tiene que vivir el indio y su familia. A cambio, todos los componentes de ésta deben trabajar cuatro o cinco días, según los casos, por semana, en las tierras del patrón.

La parcela del pongo generalmente oscila entre una hectárea y una hectárea y media. Los indios la trabajan en los días no destinados a la hacienda, administrándola libremente. Consumen los productos que en ella cosechan —maíz, cebada, quínuá, papas,— y cuando tienen excedentes o crían algún animal que pueden vender en el mercado, la venta se hace en beneficio del indio, pero generalmente con el patrón como intermediario.

En los días en que el indio trabaja para el patrón queda sometido totalmente a la voluntad de éste, que pueda ocuparlo en el servicio doméstico, e inclusive prestarlo para que trabaje en otra finca. Los hombres, por lo común trabajan la tierra; las mujeres también y además hacen el servicio de la casa; los niños pastorean los rebaños de ovejas,

Lamas, alpacas, etc., sacándolos por la mañana al campo, para traerlos en la tarde al aprisco.

Estas pobres gentes, además de sus problemas, tienen dos cosas terribles impuestas por la naturaleza: el frío y la altura. El frío que por las noches hace bajar el termómetro por debajo de cero grado, y la altura que hace difícil la vida a casi todas las especies que nos son familiares.

Es general que el quechua sea pongo. El aymara, en cambio, vive por lo común en régimen de comunidad, según el tradicional "ayllu" pre-colonial. Esa forma de autogobierno la puede gozar con relativa libertad, porque vive en lugares tan altos y tan inhóspitos, que no llaman a la codicia de los blancos. Con todo hay una permanente lucha entre los comuneros y los finqueros: éstos pletean constantemente para desposeer a los indios de sus títulos de propiedad, expedidos generalmente en la época colonial. Esta lucha comúnmente provoca alzamientos que invariablemente se sofocan mediante el expeditivo sistema del fusil o la ametralladora.

El aymara sabe que su peor enemigo es el blanco. Por eso se refugia en las tierras más altas y por eso produce solamente lo que consume. Cuando tiene algún excedente en las exiguas cosas que produce, va al mercado y mediante el primitivo sistema del trueque cambia lo que le sobra por lo que le falta, sin necesidad de dinero para sus transacciones.

El blanco juzga al aymara haragán e indolente porque no se preocupa de producir más de lo que come. En realidad hay en esto un modo de defender la independencia de sus comunidades, que si fuesen muy productivas caerían dentro de la esfera de conquista de los finqueros y gamonales.

MÉTODOS DE TRABAJO

Los indios son considerados de hecho, como parte integrante de la finca. Hasta figuran en los inventarios como si estuviesen sometidos al régimen de servidumbre medieval. Cuando el indio, sujeto a pongoaje ha mejorado su parcela quitando las piedras y desbrozando las malezas, es frecuente que el gamonal se la quite para asignarle otra, de tierra bruta, que tendrá también que limpiar y mejorar. Así el patrón beneficia sus campos a la vez que hace más duro el régimen de explotación.

Además los indios están sujetos a determinadas prestaciones perso-

nales. Especialmente para trabajos de carreteras. Pagan su "impuesto de vitalidad" con tantas jornadas de trabajo. (1)

Los métodos de cultivo son de una primitividad sorprendente. Vi cosechar cebada en el Altiplano, cerca de Warisata. Había 27 indios trabajando con un grupo de mujeres que no alcancé a contar. Dirigiendo el trabajo estaba el gamonal o mayordomo. Los indios cortaban la cebada con una hoz de fabricación casera, hecha con pedazos de hojalata. Al terminar la jornada cada indio cargó en su burrito la cosecha así obtenida, representada por dos atados de cereal un poco más grandes que las gavilinas nuestras.

La tierra se ara con arados de los llamados "egipcios", cuya reja es una cuña de madera dura que va arañando la superficie de la tierra. Lo arrastra una yunta de bueyes pequeños y raquíticos. Estos arados hacen un trabajo muy deficiente. Un día, cerca del pueblo de Huarina, vi trabajar, sobre una extensión de dos hectáreas más o menos, la friolera de treinta y cinco arados a la vez. En toda la tarde no alcanzaron a terminar la parcela.

El rendimiento con métodos de trabajo de esta naturaleza, tiene que ser antieconómico al extremo, si se juzga con el criterio corriente entre nosotros. Pero no es tan así si se piensa que allí la mano de obra no vale nada y que uno o treinta indios cuestan al patrón lo mismo.

Los cultivos intensivos los hacen también con azadas, que se reducen a una cuña de palo amarrada a un pequeño mango de cuarenta a cincuenta centímetros. El indio o la india que trabaja con tal herramienta pasa el día arqueado sobre la tierra, con la frente a poco más de medio metro del suelo.

Voy a anticipar esto: atravesé, en Bolivia, en época de cosecha, alrededor de dos mil kilómetros; en Perú aduve algo más de dos mil quinientos y a Ecuador lo atravesé todo, desde Guayaquil hasta salir por la frontera colombiana. En toda esa extensión, salvo el último tramo ecuatoriano no vi en época de cosecha, un solo arado de hierro, una sola segadora, una sola trilladora; ni siquiera una carreta o un carro. Incluso en los lugares donde pasa la carretera y hay por consiguiente camino transitable. Tal es la primitividad de los métodos de trabajo

(1) En una correspondencia que envié desde Cuzco y que fué publicada en *Marche*, denuncié este hecho que me llamó la atención y que fué desmentido luego por el Sr. Encargado de Negocios de Bolivia. Mal debe conocer a su país este diplomático, cuando desconoce una de las prestaciones más corrientes que se exige a los indios.

agrícola que, por lo menos en la zona del Altiplano, se usan corrientemente.

Puede recorrer muy poco de las zonas mineras, pero algunos datos logré obtener. Los mineros, en lo que respecta a salarios, viven mejor. El salario corriente por jornada de trabajo es de \$ 1.10 a 1.20 de nuestra moneda, gozando además los trabajadores de ciertas ventajas para la compra de los artículos de consumo. Pero la insalubridad de las minas, la naturaleza del trabajo, la mala alimentación y la altura hacen que la vida media útil de un obrero se estime en ocho a diez años. La tuberculosis especialmente causa estragos, debido a la mala alimentación que además de escasa, es deficiente porque el indio adormece su estómago masturbandose coca, lo que le produce una permanente inapetencia.

El trabajo, la producción, la vida económica de Bolivia, descansan sobre las espaldas encorvadas del indio. Y sin embargo el blanco no deja de considerarlo como una plaga de la que se avergüenza y que considera como una fatalidad para el país.

Como se vé, el panorama es desolador. El indio, elemento humano fundamental en la población boliviana, ha llegado a tal grado de sometimiento y subvaloración que ya ni a sí mismo se considera como un hombre. Salvo los aymaras de las comunidades, que son celosos de sus derechos, los demás no tienen ya rebeldías. Cuando las tienen las expresan por un alzamiento generalmente sangriento, seguido de una horribra general.

Sin embargo algunas cosas hacen pensar que si un día ese país se orientase hacia una política de recuperación de la sociedad indígena, podrían lograrse algunas conquistas positivas. Por ejemplo; los indios quieren escuelas. (1) Escuelas que llegan tarde, mal o nunca. En algunas comunidades que visité, sabiendo que éramos gente vinculada a la enseñanza, casi invariablemente nos pedían escuelas para sus hijos. Y es alentador que el indio vea en la escuela esperanzas para su redención.

Para comprender la hondura de este proceso de servidumbre, hay que recordar que pesa sobre el indio de estos países el régimen de esclavitud que impuso durante trescientos años la Colonia, y que ha

(1) Estando en Warisata, junto con dos uruguayos que están en Bolivia hace tiempo, vinieron algunos amautas —jefes de tribus— a visitarnos y a pedirnos que fuéramos para que les mandasen un maestro. La historia de la escuela de Warisata a la que me referí en una correspondencia publicada en *Marcha* —mayo y junio de 1948— es otra prueba en ese sentido.

aido seguido por ciento cincuenta más de vida independiente, en los cuales no sufrió transformación sustancial.

Sería largo de explicar cual es la posición de la gente que determina la orientación social y política del país, respecto de estos problemas. En realidad la impresión que se saca es desoladora.

ENTRANDO A PERU POR LA PUERTA DEL FONDO

De Bolivia pasé a Perú, entrando por la zona del Titicaca, por Yunguyo, departamento de Puno. Se me ocurre que fué algo así como entrar en una casa por la puerta del fondo, es decir, apreciando antes que otras, las cosas que comúnmente se ocultan a la vista del visitante.

Dos cosas allí me causaron desagradable impresión. En todo el pueblo, empezando por el hotelito donde me hospedé, no había absolutamente ni el más modesto servicio higiénico. Además las casas edificadas sobre solares muy largos empiezan, en el frente por las habitaciones, después siguen los cuartos de servicio, después los chiqueros de los animales: las llamas, las gallinas, las vacas, las ovejas, los burros, los cerdos. Aquella Arca de Noé comienza por los dueños de casa y después, en una escala decreciente de jerarquías, sigue con toda la fauna de los que la pueblan. Un canal de desagüe común para todos fué la única instalación sanitaria que pude encontrar en la casa.

Fué una visión del Perú que atemperó mi entusiasmo por las orgullosas tradiciones limeñas. Porque Perú no es sólo Lima; es también todo aquello.

De Yunguyo seguí a Puno, viajando en el más corriente sistema de transporte: el camión de carga. La víspera de la partida, los indios que serían mis compañeros de viaje pasaron la noche en los camiones, durmiendo en promiscuo amontonamiento, para salir con las primeras luces del día siguiente.

Después de un viaje de casi un día llegamos a Puno, ciudad que queda al borde del Titicaca, a tres mil ochocientos cincuenta y dos metros de altitud. Allí estuve tres días esperando el tren que me llevaría a Cuzco.

En Puno aproveché la estada para conocer muchas cosas que me interesaron. Una de ellas, el reclutamiento y la instrucción militar a que someten a los indios.

agrícola que, por lo menos en la zona del Altiplano, se usan corrientemente

Puede recorrer muy poco de las zonas mineras, pero algunos datos logré obtener. Los mineros, en lo que respecta a salarios, viven mejor. El salario corriente por jornada de trabajo es de \$ 1.10 a 1.20 de nuestra moneda, gozando además los trabajadores de ciertas ventajas para la compra de los artículos de consumo. Pero la insalubridad de las minas, la naturaleza del trabajo, la mala alimentación y la altura hacen que la vida media útil de un obrero se estime en ocho a diez años. La tuberculosis especialmente causa estragos, debido a la mala alimentación que además de escasa, es deficiente porque el indio adormece su estómago mastizando coca, lo que le produce una permanente inapetencia.

El trabajo, la producción, la vida económica de Bolivia, descansan sobre las espaldas encorvadas del indio. Y sin embargo el blanco no deja de considerarlo como una plaga de la que se avergüenza y que considera como una fatalidad para el país.

Como se vé, el panorama es desolador. El indio, elemento humano fundamental en la población boliviana, ha llegado a tal grado de sometimiento y subvaloración que ya ni a sí mismo se considera como un hombre. Salvo los aymaras de las comunidades, que son celosos de sus derechos, los demás no tienen ya rebeldías. Cuando las tienen las expresan por un alzamiento generalmente sangriento, seguido de una borrachera general.

Sin embargo algunas cosas hacen pensar que si un día ese país se orientase hacia una política de recuperación de la sociedad indígena, podrían lograrse algunas conquistas positivas. Por ejemplo; los indios quieren escuelas. (1) Escuelas que llegan tarde, mal o nunca. En algunas comunidades que visité, sabiendo que éramos gente vinculado a la enseñanza, casi invariablemente nos pedían escuelas para sus hijos. Y es alentador que el indio vea en la escuela esperanzas para su redención.

Para comprender la hondura de este proceso de servidumbre, hay que recordar que pesa sobre el indio de estos países el régimen de esclavitud que impuso durante trescientos años la Colonia, y que ha

(1) Estado en Warisata, junto con dos uruguayos que están en Bolivia hace tiempo, vinieron algunos amautas —jefes de tribus— a visitarnos y a pedirnos que influyéramos para que les mandasen un maestro. La historia de la escuela de Warisata, a la que me referí en una correspondencia publicada en *Marcha* —mayo de 1948— es otra prueba en ese sentido.

aido seguido por ciento cincuenta más de vida independiente, en los cuales no sufrió transformación sustancial.

Sería largo de explicar cual es la posición de la gente que determina la orientación social y política del país, respecto de estos problemas. En realidad la impresión que me hace es desoladora.

ENTRANDO A PERU POR LA PUERTA DEL FONDO

De Bolivia pasé a Perú, entrando por la zona del Títicaca por Yunguyo, departamento de Puno. Se me ocurre que fué algo así como entrar en una casa por la puerta del fondo, es decir, apreciando, antes que otras, las cosas que comúnmente se ocultan a la vista del visitante.

Das cosas allí me causaron desagradable impresión. En todo el pueblo, empezando por el hotelito donde me hospedé, no había absolutamente ni el más modesto servicio higiénico. Además las casas edificadas sobre solares muy largos empiezan, en el frente, por las habitaciones, después siguen los cuartos de servicio, después los chiqueros de los animales: las llamas, las gallinas, las vacas, las ovejas, los burros, los cerdos. Aquella Arca de Noé comienza por los dueños de casa y después, en una escala decreciente de jerarquías, sigue con toda la fauna de los que la pueblan. Un canal de desagüe común para todos fué la única instalación sanitaria que pude encontrar en la casa.

Fué una visión del Perú que atemperó mi entusiasmo por las orgullosas tradiciones limeñas. Porque Perú no es sólo Lima; es también todo aquello.

De Yunguyo seguí a Puno, viajando en el más corriente sistema de transporte: el camión de carga. La víspera de la partida, los indios que serían mis compañeros de viaje pasaron la noche en los camiones, durmiendo en promiscuo amontonamiento, para salir con las primeras luces del día siguiente.

Después de un viaje de casi un día llegamos a Puno, ciudad que queda al borde del Títicaca, a tres mil ochocientos cincuenta y dos metros de altitud. Allí estuve tres días esperando el tren que me llevaría a Cuzco.

En Puno aproveché la estada para conocer muchas cosas que me interesaron. Una de ellas, el reclutamiento y la instrucción militar a que someten a los indios.

Perú es un país militarista (1) Como casi todos los de América, tiene servicio militar. La mayor parte de los reclutas que pude ver eran indios que hacían la instrucción vestidos de pulseros dando lugar a un curioso espectáculo. Indios cubiertos con sus ponchos, vestidos con calzones a media pierna, descalzos o calzados con ojotas, de aspecto miserable, marcaban el paso sobre el empedrado de las calles de Puno, bajo las voces de mando despóticas y despectivas de los oficiales y clases instructores.

En un cuartel que quedaba junto a mi hotel, pude ver el vejamen de que los oficiales hacían objeto a los soldados. Y más deprimente que eso, era todavía ver cómo divertía a los soldados la burda prepotencia de aquellos mandones sobre sus compañeros.

Pude conocer además cuales son las condiciones de vida de los indios que cultivan la tierra en las islas del Lago. Un domingo llegaron veintidós veleros con cincuenta personas cada uno, más o menos, y atracaron en el puerto de Puno. Los tripulantes y pasajeros bajaron sus cargas y fueron a establecerse en el mercado. Allí durante el día, hicieron sus negocios y al caer la tarde, regresaron al puerto para embarcarse.

Pude, después de muchas tentativas, encontrar uno que hablase castellano. Me contó cómo viven los indios agricultores de la península de Cucuito y de la Isla de Amantani, en el Lago, régimen de vida que debe ser más o menos lo mismo para toda la población indígena de aquella zona.

Un indio que trabaja la tierra gana 30 centavos de sol por día (2) y recibe un puñado de papas y otro de oca —parecida a la papa— para su alimentación. Además tres veces al día, la ración de coca. Un marinero de uno de aquellos veleros, gana por día de 24 horas, 1.50 soles. Por ese salario atraviesa, a remo si el viento no es favorable y bajo una temperatura que se acerca a 0 grados, parte del lago, en jornadas de 12 a 20 horas de viaje.

De Puno seguí por ferrocarril a Cuzco, adonde llegué después de un día de viaje.

(1) Esta charla fué dada en octubre y se refiere en este aspecto a observaciones del mes de mayo. Recuerdo que ya entonces, en correspondencias publicadas aquí, sostenía yo que Perú tenía sólo dos salidas, o la revolución aprista o el golpe militar. En los días en que di estas charlas fracasó la primera, representada por la revolución del Callao. Poco tiempo después el general Odría dió el golpe militar que derrocó al Dr. Bustamante y Rivero. Las cosas eran tan claras que no había temor a errores, al establecer pronósticos. El régimen del general Odría, aunque cambien los personajes titulares, durará seguramente largo tiempo pues no hay fuerza popular organizada y prestigiosa que le pueda abatir por ahora.

(2) El sol peruano valía en mayo de 1948 a razón de 14 soles por dólar. Vale decir unos 13 a 15 centésimos m/u.

En Cuzco pude apreciar con honda emoción, en una estadía de una semana, todo lo que ha quedado de la pasada grandeza del Imperio de los Incas. Las ruinas desafiantes de Sacsayhuamán, Ollantaytambo y Kenko, la ciudad muerta de Machu Picchu; las calles, los palacios y los templos de Cuzco, profanados y envilecidos por la Conquista española, heroica y propolenta. La visión de todo aquello hace pensar con más tristeza aún, sobre el destino de una raza que fué grande y que hoy está hundida, tal vez para siempre en la más sombría condición (1).

De Cuzco, donde pude también apreciar de cerca la frivolidad despectiva de los turistas americanos que visitan estos lugares para agregar una más a las etiquetas que forran sus maletas, crucé en avión a Lima y de allí, en un viaje de cinco días en ómnibus a través del desierto de la costa peruana, hasta la frontera con el Ecuador.

ECUADOR Y SUS PROBLEMAS

De Tumbes, última ciudad peruana, pasé en lancha a Puerto Bolívar, ya en plena selva tropical ecuatoriana. De allí en una noche de navegación atravesamos el Guayas para amanecer en Guayaquil. En Guayaquil tomé el ferrocarril que sube a Quito y después de pasar algunos días en aquella ciudad seguí a Tulcán, frontera colombiana, en un ómnibus infernal.

En esa cruzada por Ecuador, pude ver algunas cosas e informarme de otras más. El indio que integra mucho más de la mitad de la población, es agricultor o artesano. Su régimen de trabajo es parecido a los descritos anteriormente, aunque aquí el equivalente al pongueaje es el "huaspungo".

Tomo del Prof. Gonzalo Rubio Orbe, director de la Normal Juan Montalvo, uno de los hombres que en Ecuador conoce bien el problema del indio, algunos párrafos contenidos en su libro "Nuestros Indios" que por su documentación son más expresivos que cuanto pudiera yo decir:

"La escasez de posibilidades de las parcelas en la agricultura se confirma también con la verdadera peregrinación que hacen ciertos grupos de indios (los que viven en tierras estériles o demasadamente pobladas), hacia las haciendas o las propiedades medias de regiones ricas, en tiempos de cosechas, en busca de las mieses para la subsistencia. Ofrecen sus ser-

(1) No se que impresionan más; si la grandeza de una civilización milenaria, reducida a monumentos de piedra; o los testimonios de la barbarie de la Conquista, que no respetó ni gentes, ni templos, ni piedras; o la situación de inferioridad en que se encuentran hoy los descendientes de aquéllos que construyeron un Imperio perfectamente organizado.

vuelos sólo a cambio de los productos agrícolas; reciben una ración que consiste en una canasta pequeña y doce unidades selectas del producto, llamadas Guanllas; el trabajo dura de 7 de la mañana a 6 de la tarde, con un ligero intervalo para tomar un almuerzo frugal e incompleto. Posiblemente, por diez horas de trabajo reciben 80 centavos a un sucre diario de paga; pero no importa porque lo reciben "en granos", y esto vale más que el dinero. (1)

"En unos cálculos que realizamos el año 35 encontramos que la utilidad que arrojaban, diariamente, estas industrias era de 40 a 50 ctvs.; eso sí, dejando un poco de tiempo para atender al cuidado del ganado y de los pequeños sembríos.

Otras ocupaciones. — Entre las múltiples actividades merecen especial mención tres tipos de trabajadores, los GAÑANES, los CUADREROS y los JORNALEROS.

"El gañan constituye una forma de existencia del concierto en la actualidad. Estos indios viven en las haciendas como "gente propia" de los latifundios. Tienen sus pequeños HUASIPUNGOS, en donde construyen sus casas de habitación y el resto cultivan anualmente. Las actividades a las que se dedican son: la agricultura, el cuidado de acequias, la vigilancia del ganado ((CUENTAYOS), el cuidado de los potreros, etc. Cuando tienen familias, a las esposas las ocupan en los ordeños, los hijos, como sirvientes de la casa (HUASICAMAS), etc.

"Mediante este sistema de "Protección" se realiza una enorme explotación del trabajo del indio, se paga de 30 a 70 centavos diarios, en el mejor de los casos. La vida del GAÑAN depende de la hacienda; su trabajo es sin medida; el día y la noche debe estar junto al ganado o a la sementera, porque todo lo que custodia está bajo su estricta responsabilidad pecuniaria. La muerte y la vida de estos trabajadores representan menos valor que la de una cabeza cualquiera del ganado que cuida, o de unas pocas mazorcas de maíz de la sementera. Al menor ruido o a la señal de que el ganado pasa al potrero cercano, están obligados a dejar su lecho, a cualquiera hora de la noche, llueva o no, para ir a velar por los intereses del amo.

"La miseria de salarios, que con frecuencia los recibe en meses para buscar techo van al huasipungo; para cultivar un palmo de suelo, tienen que recurrir a lo que el amo bondadosamente le ha asignado.

(1) El sucre valía en mayo de 1948, alrededor de diez centésimos de nuestra moneda. La cita se refiere a sures.

"La miseria de salarios, que con frecuencia los recibe en meses para su sustento, junto con los robos que se cargan a su cuenta y al "suplido" para la chicha y las fiestas religiosas, hacen que estos indios, desde temprana edad, estén endeudados (VENDIDOS) en la hacienda. Ciertamente es que nuestras leyes han abolido el concertaje y la prisión por deudas, pero el hacendado es señor del pueblo y fácilmente su tesis y sus intereses triunfan, aunque sea con abusos y atropellos.

"Existen muy contados terratenientes que han cambiado esta concepción medioeval sobre el trato al indio, y, con un criterio progresista, le han procurado algunas mejoras —inclusive aquella de un mejor salario—; pero estos casos son excepcionales y la generalidad sigue practicando principios de inferioridad racial, de desprecio al aborigen y otras peculiaridades propias de una sociedad colonial o feudal. Más aún, si alguna vez es posible hallar estas excepciones en cuanto se refiere a patrones, quedan los SIRVIENTES de las haciendas como azotes y castigos para los infelices indios GANANES.

"El cuadrero es otro tipo de indígena desheredado de tierras. Arrienda sus servicios para el cuidado y cultivo de las "cuadras" (terrenos urbanos de propiedad de los blancos); su obligación y la de su familia se reduce también a servir en la casa del amo, cuando éste necesita. Gana de \$ 60.00 a \$ 150.00 por año, o lo que es lo mismo de \$ 5.00 a \$ 12.50 mensuales. Recibe además un pequeño huasipungo y casa para vivir; cuando el patrón permite, también puede disponer de su persona para trabajos fuera de la "cuadra"."

En Ecuador se calcula que la población está formada por un millón de personas incorporadas a la civilización, en su mayoría blancos, otro millón en proceso de incorporación a la civilización, y otro millón de no incorporados. Para éstos el estilo de vida difiere en muy poco del pre-colonial.

Sin embargo en Ecuador hay tipos de indios realmente admirables. Los de Jipijapa y Montecristi, en la costa, tejen los famosos sombreros de toquilla; los de Otavalo, impecablemente limpios, hacen, a mano, camisires finísimos; los de Ríobamba, trabajan admirablemente el marfil vegetal, etc.

En Ecuador se recibe la impresión de que la condición del indio es superior a lo que puede apreciarse en Bolivia y Perú, pero lo más alentador es que el blanco se preocupa por mejorar esa condición. Hay toda una corriente de interés por parte de los blancos de estudiar, conocer y mejorar la vida de los indios.

DESPUES DEL 9 DE ABRIL, EN BOGOTA

Entré en Colombia por Ipiales, en la zona alta del nudo de Pasto. Pude apreciar allí que la agricultura está más avanzada que en otros lugares que había visitado antes de la región andina. En Ipiales tomé el avión a Cali y de allí seguí a Bogotá, adonde llegué algunos días después de la asonada del 9 de abril.

Barríos enteros eran una fillgrana de ladrillos ahumados. La destrucción había sido impresionante. Yo estuve en Bogotá hace dos años. Ahora la encontré en ruinas, especialmente en el centro de la ciudad.

Cuando llegué todavía se discutía en torno a la culpabilidad de lo ocurrido. Se recordará todo lo que se dijo de quienes eran los responsables del desastre. Yo no soy comunista ni lo he sido nunca. Seguramente tampoco lo será en el futuro. Pero pretendo ser un hombre de bien y como tal me indigna que se mixtifique. Y como estuve allí y me informé, creo que mi deber es decir mi opinión sobre todo aquello.

En un viaje anterior había visitado Bogotá en 1946. Pude ver entonces que la democracia colombiana, tan orgullosa de sí misma, no es una democracia en el sentido en que la entendemos aquí. Aquella "democracia" es una democracia de "élite" blanca. Por debajo de ella hay, allí mismo en Bogotá, todo un pueblo que vive peor que el habitante de nuestros rancharíos. Masa de indios y mestizos que llaman aún al blanco diciéndole "su merced", que se inclinan para hablarle y que bajan a la calzada cuando se cruzan con él en la calle.

En mi viaje anterior ví a los indios en Bogotá sirviendo de cargueros. Un indio carga 70, 80 o más kilos que sostiene sobre sus espaldas con una cuerda que ata a una especie de vincha de cuero que lleva en la frente. A un indio se le conoce por todo su aspecto, pero se le conoce además porque anda siempre encorvado y con un tratacito peculiar, como si llevara siempre la carga al lomo. Se entiende que esto no es exclusivamente colombiano. En Perú, en Bolivia, en Ecuador, en Guatemala, los indios también sirven de cargueros. Y tan acostumbrados están a su carga que es fama en Bolivia que cuando las indias no tienen qué llevar en su "agualló" le echan unas piedras, para cargar así el peso de costumbre.

Desde que se entra en Bolivia, hasta que se llega a México, en todas partes se ve como animales de carga, con la misma frecuencia, al indio y al burro.

Lo que ocurrió en Bogotá el 9 de abril fué que la clase oprimida,

frente al asesinato de Galtán, a quien ella consideraba como su redentor, desbordó y arrasó con todo. No fué una asonada de orden político. Fué una sublevación de casta y de clase; los de abajo que buscaron en un momento de locura colectiva, su desquite de toda la opresión a que los han sometido los de arriba.

Galtán fué el abanderado de la redención de los oprimidos. Era un caudillo. Tal vez también un demagogo, pero fué sin discusión el líder de una generosa plataforma política. Además el pueblo creía en él y le tenía toda confianza. Había proclamado un programa de recuperación de los oprimidos y había agitado por todos los rincones del país su bandera. En Colombia todavía se repiten sus frases: "En Colombia existe una inmensa desproporción entre la oligarquía rica y la masa del pueblo oprimida y explotada". "El paludismo y el hambre no son radicales ni conservadores; son colombianos".

Frente al asesinato del caudillo esa masa amorfa de abajo, se echó a la calle desmandándose. Asaltó, robó, asesinó. Una especie de locura colectiva se apoderó de la ciudad durante tres días, y sólo fué reprimida a fuerza de ametralladoras.

Un hombre que conoce muy bien a Colombia y que es el más alto representante de la oligarquía liberal, el Dr. Eduardo Santos, millonario, propietario de "El Tiempo", un diario con renombre mundial, ex presidente, y creo que representante de su país en ese momento ante la UN dió su opinión, seguramente la más ajustada que se publicó hasta entonces.

Cuando llegó Santos de Estados Unidos, la oligarquía esperó la condenación de los comunistas, proclamada por el prohombre liberal. Pero Eduardo Santos, colocándose por encima de las pasiones desentrenadas, dijo lo suyo en un ya famoso editorial de "El Tiempo" que tituló: "Meditación sobre las ruinas". Entresacamos párrafos:

"Porque existe el odio político y es un mal que hay que combatir. Pero existe también y angustiosamente la miseria nacional, y hay que combatirla con no menor denuedo y no menor tenacidad. Porque existe un problema social gravísimo que no pueda combatirse ni negándolo ni apelando a la fuerza ciega, sino apelando tan sólo a la justicia, al reconocimiento de los derechos proletarios a la realización de una democracia económica que no sea inferior a nuestra democracia política. El 9 de abril nos dimos cuenta, entre otras muchas cosas, de un tremendo estado de barbarie pero también de un tremendo estado de miseria. El Estado y la sociedad..." —¡qué bien vendría para muchos de nuestros políticos nacionales!— "...tienen que reconocer virilmente, con sincera contric-

ción y efícas propósito de enmienda, que no son totalmente inocentes ni de esa barbarie, ni de esa miseria".

En realidad Eduardo Santos entonaba el "mea culpa" al hablar así. Durante cuatro años, de 1934 a 1938, fué presidente de Colombia llevado por el Partido Liberal, y había sido además, encarnizada opositor de Jorge Elíécer Gaitán.

EL DRAMA DE PANAMA

En Bogotá, luego de muchas dificultades para obtener un salvoconducto que me permitiera salir del país, tomé un avión y fui a Panamá. Por aquel pequeño país pasé rápidamente pero pude, sin embargo, obtener alguna información que me interesó. Arnulfo Arias (1), que festejaba en aquellos días el triunfo que luego le estafaron, me informó personalmente de los más graves problemas sociales de Panamá; problemas que pueden resumirse así:

El más grave de los que tiene que afrontar, nace de la naturaleza de su población, que está integrada por tres tipos humanos distintos. Por arriba, formando la clase más poderosa, están los americanos vinculados a la vida del Canal. Los que están en la Zona y los que desbordando de ella, se han radicado en territorio panameño. Son gentes no asimiladas a la vida nacional, que consideran al país como una factoría.

Por abajo están los "jamaicanos", en general los trabajadores o descendientes de los trabajadores que fueron importados de las Antillas para realizar las obras del Canal y que hoy forman una población numerosísima, que no se siente panameña ni habla español. Esta población es la que da a Panamá esa característica de "país de negros", que de inmediato impresiona al viajero.

Y entre una y otra, como el jamón en el "sandwich", el pueblo panameño, abogado y oprimido entre una costa de superhombres y otra de subhombres. Una de explotadores y otra de gentes vilmente explotadas.

Además, Panamá, por ser nudo aéreo y marítimo, sufre el efecto

(1) El Dr. Arnulfo Arias creía en su triunfo y en que se lo respetasen. Yo le pregunté si su posición nacionalista no le traería dificultades. Me contestó que no, pues entendía que los americanos después del fracaso de la negociación de las bases, querían tentar con un gobierno auténticamente popular. Hoy en el exilio reflexionará sobre su error mientras su sucesor hace las concesiones que él resistía en su propaganda de candidato.

Al regreso pasé nuevamente por Panamá y pude apreciar el descontento de las gentes por la burla electoral de que había sido objeto el país.

corruptor del turismo de paso, que es el más pernicioso tipo de turismo. Y como si eso fuera poco, la capital en todas sus manifestaciones se ha convertido en el centro de diversión donde los soldados y marinos americanos vienen a resacaarse de las rígidas formas de vida a que son sometidos en la Zona.

COSTA RICA, UN OASIS

Costa Rica es un pequeño y curioso país con muchas cosas parecidas al Uruguay. Como nosotros no tuvo indios de civilización avanzada y como fué siempre una zona pobre en minerales, no atrajo ni los capitalleros ni los capitanes de la Colonia. Su proceso histórico vinculado a España empezó tarde, de modo que el blanco nativo como el criollo nuestro, conoció en mínima parte el poder imperial de la Península. Sin grandes riquezas y sin imperios opresores como los aztecas o los incas; sin Colonia casi más tarde, fué y sigue siendo un país propicio para que en él el hombre pueda vivir con un sentido de dignidad que en otras partes es sólo privativo de las oligarquías dominantes.

El ejemplo de Costa Rica, tan diferente de los países que la rodean, prueba, a mi juicio más que en ninguna otra región de América, qué fué la Colonia española como factor esclavizante que aún hoy pesa sobre el destino de este continente.

COMO EN LAS MONTAÑAS DEL TIBET

En Honduras ví de cerca lo que es la vida del campesino pobre. Fué a Samorano, una región relativamente próxima a Tegucigalpa, y allí me llevaron a conocer de cerca y de adentro, algunos "jacales".

La zona es montañosa y está toda cubierta de bosques de pinos. En un claro del bosque, en cualquier lugar, sobre suelo de piedras o de greda, los indios construyen sus jacales, más miserables que los de nuestros "pueblos de ratas". Al lado de la construcción hay invariablemente una pequeña huerta con maíz y frijoles. Alguna gallina o algún cerdo, completan la hacienda.

En correspondencias de viaje describí los jacales hondureños. Para no repetir, transcribo la versión publicada entonces: (1)

(1) En una correspondencia de viaje publicada en "Marcha" (mayo o junio de 1948)

"En la cocina pude ver, en un jacal que visitamos detenidamente, como únicos utensilios, algunas vasijas de barro de color indescriptible, un comal, cachorro en forma de sartén donde se tuestan las tortillas de maíz y un mortero casi plano —que aquí es infalible—, donde se hace la masa de las tortillas. Un *puñado* de frijoles" (porotos) "...que se estaban cocinando, y unas tortillas, era la comida del día para seis personas. En un camastro, envuelto en unos harapos mugrientos, había un niño como de seis años titulado de paludismo. La vieja que cocinaba, también sufría de paludismo crónico." Es lo corriente que la gente sufra de paludismo— "Porque a estas miserables gentes no les falta nada. Sufren hambre porque la alimentación escasea y siempre es la misma: frijoles y maíz; maíz y frijoles. Pero, además, permanentemente les está chupando la sangre el paludismo con sus fiebres periódicas y su anemia continua. Y para completar, todos tienen parásitos intestinales a veces conviviendo en una misma persona varias especies distintas; sin tener en cuenta, se entiende, los parásitos no intestinales, que son corrientes en todos los habitantes del campo."

GUATEMALA Y SUS INDIOS

De Honduras pasamos a Guatemala, donde pude ver también de cerca la vida de los campesinos pobres. Más del 50 % de la población guatemalteca es indígena. En general formada por campesinos, indigentes, industriales y magníficos alfareros y tejedores.

En Guatemala esta población conserva un alto grado de autenticidad, hasta en su analfabetismo que ha sido imposible empezar siquiera a combatir, pese a los esfuerzos que, en ese sentido viene haciendo el gobierno del Dr. Arévalo.

Los alfareros hacen vasijas y cántaros de barro de una sorprendente perfección. Los llevan a vender al mercado cargándolos de un modo que a nosotros nos resulta muy original: los cuelgan sobre un tablero de un metro por dos, mas o menos, y a ese tablero lo cargan a la espalda, sosteniéndolo siempre con una cuerda que se pasan por la frente con una vincha de cuero. He contado sobre las espaldas de un indio hasta veinticinco vasijas de barro de por lo menos diez litros de capacidad cada una. Así con esa carga andan leguas por caminos donde los automóviles mas potentes tienen que recorrer debido a las cuestras, largos tramos en primera.

Los leñadores cortan leña en los bosques y también así cargada la llevan a los lugares de venta. De sesenta a ochenta kilos puede calcularse la carga que soportan llevándola así.

A veces los leñadores transportan tirantes de madera que, seguramente ellos mismos han hecho. Los llevan atravesados sobre la espalda y sostenidos por la invariable vincha de cuero. Los he visto andar así; leguas, cargando tirantes de cuatro por cuatro o de cinco por cinco, de cuatro o cinco metros de largo. Para dar paso a los autos, tienen que ponerse de perfil, pues andando ocupan con su carga el camino de un lado a otro.

Los pastores se ven también en las alturas y los claros de los bosques no cultivados. Generalmente son niños que cuidan rebaños de ovejas o de cabras, llevándolos de un lado a otro en busca de buenos pastos. Dos o tres perros los acompañan tanto para ayudarlos a llevar el ganado, como para protegerlo de los coyotes hambrientos que a menudo roban ovejas y alguna vez también al pequeño pastor.

El indio guatemalteco es pobre y desaseado. Viste una camisa curiosamente jaspeada hecha con buen tejido de algodón y un calzón blanco a media pierna. Tanto las mujeres como los hombres llevan una manta en torno a la cintura que en las mujeres es como una pollera y en los hombres como un "tirador" de los que usan nuestros gauchos.

Sin embargo dan la impresión de mejor nutridos y menos derrotados que los indios de Bolivia. Tal vez porque la tierra es más rica y el clima mucho mejor que el del altiplano.

El gobierno guatemalteco, democrático y popular desde la revolución de 1945, ha tratado de realizar una enérgica política educacional en beneficio de las gentes más necesitadas culturalmente. De hecho, aún no ha logrado realizar nada dentro de la población indígena, pues las dificultades de idioma y de cultura son tan difíciles de vencer que todo el esfuerzo hasta ahora ha alcanzado solamente a los mestizos. (1)

LAS COMUNIDADES MEXICANAS

En México pude conocer bastante bien algunas comunidades indígenas y pude apreciar allí como viven las gentes "de abajo".

(1) Mi dilecto amigo el profesor Héctor Antonio Guerra, que fué también mi compañero de andanzas por Guatemala, en su carácter de Jefe de Alfabetización me hizo conocer las dificultades que hay allí para alfabetizar a los indios. Hay decenas de idiomas con variados dialectos cada uno. Y en total hay cerca de un millón de personas que no hablan castellano.

México hizo de 1910 a 1929 su revolución agraria y antilmperialista (1) De modo que política y socialmente, el indio mexicano está en otra posición que los demás indios del Continente.

La revolución fué una convulsión de la que no tenemos idea. Tal vez la cuarta parte de una población de veintio millones de personas murió en ella. Duró diez años la revolución propiamente dicha y otros diez casi, las convulsiones que la siguieron, inclusive una sangrienta guerra de religión llamada "la revolución de los cristeros" porque se hizo bajo la advocación de Cristo Rey.

Antes de la revolución de 1910 los indios vivían bajo un régimen de trabajo semejante a la servidumbre medieval. Las tierras eran grandes latifundios que se explotaban mediante métodos muy primitivos de trabajo, constituyendo cada explotación una hacienda. Las había de extensiones inverosímiles, siendo famoso el caso del general Terrazas que en el Estado de Chihuahua poseía seis millones de hectáreas, es decir la tercera parte del Uruguay. Proprietarios criollos y empresas extranjeras, generalmente americanas, eran dueños de propiedades en las que cabría uno o dos de nuestros departamentos. (2)

Ese latifundio fué liquidado por la revolución y ese es uno de los aspectos más positivos de aquella transformación. Al principio la "reforma agraria" se hizo mediante métodos muy expeditivos. Los revolucionarios fusilaban o colgaban a los propietarios y repartían las tierras entre los peones. Cosa que no es de extrañar pues la revolución fué una orgía de

(1) La Revolución mexicana no se hizo de acuerdo a un programa determinado. Fue una revolución civilista durante Madero que, luego de su asesinato, se convirtió en guerra social.

Esta falta de determinación de un fin revolucionario fué lo que la dió al movimiento sus peculiares características: agrarismo, anti-imperialismo y caudillesmo. Pero no se necesita mucha agudeza para comprender que dentro del caos que fué su proceso, una marcada orientación social fué su definición permanente.

(2) Algunos datos concretos pueden ilustrar el hecho:

En Chihuahua, el general Luis Terrazas era dueño de seis millones de hectáreas. En Coahuila, Juan Castillón tenía 702 mil. En Zacatecas la "Hacienda Jeddros" tenía 750 mil hectáreas. En Hidalgo, el ferrocarril atravesaba 135 kilómetros por entre campos de José Escandón.

También muchas latifundias pertenecían a empresas extranjeras; por ejemplo: "Rancho Viejo", del Ferrocarril Noroeste (997 514 Há.), Mexican West Railway Co. (998 757 Há.), "Habicora", hacienda del magnate William R. Hearst (57 000), Pajomas Land and Cattle Co. (400 000), Compañía Mexicana de Terrenos y Colonización (2 010 535 Há.), The Land and Lumber Co. (518 000), etc.

Tenemos a la vista un inventario de grandes latifundios hecho por González Roa, en el que ninguno de ellos baja de un par de cientos de miles de hectáreas.

cuatro. Hubo pueblos que quedaron sin habitantes porque un bando mató la mitad de los pobladores y el bando contrario vino atrás y concluyó con el resto.

Es sabido además que los ejércitos zapalistas —los que respondían al general Emiliano Zapata— llevaban como estandarte la imagen de la Virgen de Guadalupe, patrona de México, lo que no les impedía quemar iglesias y colgar curas muy cristianamente.

Sin embargo, pasada la revolución, la reforma agraria continuó por vía legal (1). Especialmente durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas los repartos de tierras llegaron a proporciones extraordinarias.

El nuevo sistema de distribución de la tierra se hace sobre la base de las viejas instituciones comunales: el "calpulli" indígena y el "ejido" español, formas ambas de propiedad agraria colectiva.

CÓMUNIDADES INDIGENAS

Visité muchas comunidades agrarias. Se gobiernan a sí mismas por una asamblea donde tienen voz y voto todos los integrantes de la comunidad. Ellos eligen a su vez a sus autoridades, que gobiernan y administran sin otro control que el de la comunidad misma. Una decisión de la asamblea de la comunidad no puede ser revocada ni por el Presidente de la República.

Es un modo de vida campesina que nosotros no conocemos ni entendemos. Aquí somos individualistas y todo está regido por la propiedad privada. Allá no. Allá la propietaria es la comunidad, es decir el núcleo de jefes de familia que integran el pequeño grupo social que vive en un predio determinado. Y este modo de entender la propiedad da características especiales al modo de vida de las gentes.

Creo que el mejor modo de explicarlo es contar algunas cosas que he visto. Como maestro de escuela que soy, un poco por deformación profesional y otro poco porque mi misión allá era conocer escuelas rurales, los hechos que narro andarán siempre en torno a la escuela.

(1) La ley de Reforma Agraria de la Revolución, fué decretada por don Venustiano Carranza, desde Veracruz en enero de 1915. Desde entonces hasta ahora, con un ritmo muy irregular se han ido repartiendo las tierras. Sin creer mucho en las estadísticas que acusan procesos fabulosos, no siempre verificables en los hechos, puedo afirmar que en los lugares que visité ya no quedan grandes haciendas y que las tierras ganadas para la producción mediante limosnas y regalo —Estados de Sinaloa, Nayarit, Jalisco— se parcelaban y se reparten desde el momento de su habilitación.

Hice una larga recorrida por el Estado de Oaxaca, la tierra de Juárez, al sur de México. Tuve oportunidad y tiempo para convivir con los comuneros, gracias a la bondad del Director General de Educación, don Aurelio Merino, que me acompañó adonde quise ir. De allí son algunas de mis experiencias más ilustrativas.

En un pueblito llamado "Ánimas Trujano" fuimos a visitar la escuela. En las comunidades en torno a la plaza, que a veces no es más que un baldío, hay siempre dos o tres edificios públicos: la Casa Ejidal, que es donde se reúnen los comuneros a tratar de sus asuntos, la Iglesia que es considerada de propiedad de todos y la escuela que también es cosa de la comunidad. En Ánimas Trujano hay 176 comuneros, con dos hectáreas de tierra cada uno. Las parcelas por consiguiente son pequeñas y poco productivas porque no hay riego. Las tierras, Valle de Oaxaca, son en general muy buenas.

Cuando la maestra, que se había graduado en una escuela rural campesina —especie de escuela normal rural—, vino al pueblito, se ganó la voluntad del vecindario por sus condiciones de trabajadora social. Consiguió de los comuneros que hiciesen una escuela nueva que costó 14,000 pesos mexicanos, (un peso mexicano vale 0.40 nuestros), de los cuales el gobierno puso 4,000 y el resto la comunidad. Trajo un albañil para dirigir las obras, que se hacían con la contribución de trabajo de los vecinos. El albañil durante su estada fué mantenido y alojado por rotación entre los comuneros.

Una vez hecha la escuela, los ejidatarios hicieron la casa de la maestra. Y luego ésta, tomando como modelo su propia casa, inició la reconstrucción de los jacales que sirven de viviendas a los comuneros. Pero éstos se resistieron a modificar sus casas. Entonces los convenció de que cada nuevo hogar que se formase en la comunidad tendría que instalarse en una vivienda nueva que los mismos comuneros construirían en un lugar determinado del predio comunal. Así lo hicieron y el nuevo pueblito a que ha dado lugar esta reforma edilicia —las casitas se construyen tomando como modelo la casa de la maestra— ya tiene como veinte viviendas nuevas.

Esta actividad social y cultural se vincula a muchas otras: la maestra es consejera de los vecinos, es también la enfermera que pone inyecciones y atiende a los enfermos. En los días de nuestra visita estaba trabajando por dotar de agua potable a la comunidad, que carecía de ella.

El hecho de que cada comunero tenga en Ánimas Trujano, sólo dos hectáreas de tierra nos pone frente al problema, más difícil, que tiene

sin resolver la población campesina de aquel país: el minifundio. La gente es mucha y la tierra es poca; la población aumenta y la tierra no. De modo que la parcela que le toca a cada uno no alcanza por su pequeñez o escasa productividad a subvenir a las necesidades de la familia. Pude ver, durante mis andanzas por diezaca comunidades en las que las parcelas no exceden a media hectárea por ejidatario.

En "San Sebastián Abasco" las parcelas de cada comunero alcanzan sólo a 600 metros cuadrados. Como se comprende, sus productos no pueden alcanzar para alimentar a una familia. Por eso este pueblo, que es muy industrioso, se dedica a la fabricación de cestos. Un tipo de canastas muy particular que ha llegado a ser en algunas épocas una productiva industria de exportación.

En los días en que estuvimos en este pueblo había aparecido una fiebre infecciosa; posiblemente tifóidea. El maestro era el encargado de hacer de médico, pues según propia confesión, "le entiendo un poquito a la medicina", estaba capacitado para hacerlo. El centro sanitario de las comunidades es siempre la escuela rural.

El minifundio es el problema más grave de los campesinos. En Mitla, donde están las famosas ruinas zapotecas —la joya de más delicada calidad artística que conozco en arquitectura pre colonial— hay una comunidad con 826 familias. La propiedad territorial de la comunidad alcanza a 203 hectáreas de cultivo de temporal —secano— y de 16 de riego. Como se comprende, muy poca tierra para tanta gente. Las parcelas allí alcanzan a extensiones irrisorias: 25 surcos de cien metros cada uno, o franjas de tierra de 20 metros de ancho por cien de largo.

Mientras en la casa ejidal tomábamos el hospitalario mezcal —bebida parecida a la grappa— los indígenas me contaron sus dificultades, que son las de gran parte de México. La población crece y las tierras escasean. Las comunidades agrícolas se encuentran con que la producción es muy inferior al consumo.

UNA REUNION DE COMUNIDADES

La víspera de mi partida del Estado de Oaxaca se organizó para despedirme una concentración de comunidades en el valle de Etla, tomando como centro un poblado que se llama Soledad. Se reunieron las comunidades de Soledad, Guadalupe, Santiago, San Isidro, Alemán y Matadamos. Es decir, seis comunidades.

La reunión de más de dos mil personas, se hizo en la escuela.

que como es la casa del pueblo, resulta ser el centro obligado para tal clase de reuniones.

Cada comunidad se presentó con sus autoridades comunales: el Presidente, el Alcalde, el Regidor, el Presidente del Comité de Educación, el del Comité de Salubridad, etc.; autoridades elegidas popularmente en cada comunidad por término de tiempo establecido. Cada grupo de autoridades traía algunos centenares de comuneros como acompañantes.

En asamblea popular cada grupo de autoridades fué planteando al Director de Educación sus problemas. Tomé nota de todo aquello, porque me pareció más expresivo que cuánto pudiera narrar de cuenta propia.

Los de Matadamos pidieron una maestra para el costurero. Tienen máquina en la escuela, pero no sabían coser. Necesitaban una persona que enseñara la costura a máquina a las mujeres, costura que realizarían en la escuela y en la máquina de la escuela. Pidieron luego un telón para el teatro. El teatro es parte de la escuela y no vi ninguna que no tenga su teatro al aire libre. Completaron las peticiones con solicitud de arreglos para el local escolar.

Las autoridades de Soledad Etla solicitaron a su vez una planta eléctrica generadora de corriente —y un molino de nixtamal. Este molino tiene su hondo significado social.

Más corriente que el pan nuestro, es en México la tortilla de maíz. Para hacerla, el maíz se sancocha y luego se muele sobre una mesita de piedra de veinte centímetros de alto. La mujer ocupada en ese trabajo, está sentada en cuclillas y encorvada sobre la mesita. La compra del molino permitía liberar a la mujer de ese trabajo agobiador y denigrante hasta por la posición en que hay que realizarlo. —“Con eso contribuimos a levantar a las mujeres del suelo”, me decía el Director de Educación.

Pidieron también un pozo cuya financiación se resolvió de inmediato: con cinco pesos por cada ejidatario. Se reunirían 1,600 pesos, suma suficiente para realizar la obra. Solicitaron además una máquina de coser y una maestra para la clase jardinera. Es curioso que junto a los beneficios materiales aparecen siempre exigencias de orden cultural: con el molino de nixtamal y con el pozo, venía el pedido de la clase jardinera.

Los del pueblo Alemán pidieron una bomba para sacar agua y mobiliario para la escuela. El Director de Educación les ofreció el mobiliario pero a condición de que ellos construyeran o compraran de su cuenta, la cuarta parte. ¿Por qué eso? Porque así el comunero que ha puesto su trabajo o su dinero en una cosa, la sienta suya, la vigila y la cuida. Muy distinto, de sí todo le fuera dado sin ese esfuerzo.

En México no se hace una escuela, sin el aporte popular. La gente da lo que tiene: trabajo, dinero, materiales, etc. Lo importante es que aporte algo. Con eso la obra sale más barata y el campesino la siente suya porque le costó esfuerzo. (1)

Los de Guadalupe vinieron con aire de importancia y declararon que ellos habían resuelto ya todas sus dificultades.

Los de Santiago dijeron que iban resolviendo sus problemas y que estaban haciendo salones para la escuela. Querían organizar un costurero y tenían ya la máquina. La máquina de coser es allí una propiedad colectiva; no es propiedad de una casa. La máquina es de todos y el costurero es simplemente la reunión de las mujeres de la comunidad que vienen a coser alrededor de la máquina, por turno.

Los de Nazareno, un pueblo vecino, donde nos hicieron un recibimiento realmente emocionante, pidieron riego y una pequeña presa para poder captar el agua para regar. Las parcelas que tienen sólo alcanzan para el 50% de las familias; quiere decir que el otro 50% necesita tierras para vivir. Cada una de esas parcelas alcanza solamente a tres cuartos de hectárea; de manera que para ellos era fundamental el riego, porque con el riego aumentando el índice de productividad, podían disminuir el tamaño de las parcelas y, en consecuencia, dar tierra a los demás ejidatarios.

Esta comunidad tan pobre, que tiene la mitad de su gente sin tierras y cuyas parcelas son apenas de tres cuartos de hectárea, esta comunidad que alcanza por lo menos a mil personas, hizo una escuela que le costó \$ 54.000.00, — es decir, unos \$ 25.000.00 de nuestro país — de los cuales el Estado les dio solamente \$ 9.000.00. De manera que los \$ 45.000.00 restantes los pusieron ellos. La escuela con 460 alumnos, tenía clase jardinera.

Esto solamente narrando cosas de un Estado de México. Aduvó después por muchos otros lugares y el fenómeno se repite bastante.

En el Estado de Nayarit, la tierra de Amado Nervo, fui a una comunidad que también me impresionó mucho. Eran las 8 de la mañana y

(1) La gratuidad de la enseñanza, principio de democracia educacional, tiene su contrapartida. El padre a quien la escuela le da todo, se desinteresa por la educación de sus hijos. Parecería contradictorio, pero veinte años de experiencia docente me permiten hacer esta afirmación: uno de los mayores prestigios de que goza la escuela privada es que se paga; como cuenta más, hay la creencia de que sale más.

Sin renunciar al principio de la gratuidad hay que imponer ciertos modos de colaboración a los vecindarios para vincularlos, en los hechos, a la vida escolar.

Hubo una larga recorrida por el Estado de Oaxaca, la tierra de Juárez, al sur de México. Tuve oportunidad y tiempo para convivir con los comuneros, gracias a la bondad del Director General de Educación, don Aurelio Merino, que me acompañó adonde quise ir. De allí son algunas de mis experiencias más ilustrativas.

En un pueblito llamado "Animas Trujano" fuimos a visitar la escuela. En las comunidades en torno a la plaza, que a veces no es más que un baldío, hay siempre dos o tres edificios públicos: la Casa Ejidal, que es donde se reúnen los comuneros a tratar de sus asuntos, la Iglesia que es considerada de propiedad de todos y la escuela que también es cosa de la comunidad. En Animas Trujano hay 176 comuneros, con dos hectáreas de tierra cada uno. Las parcelas por consiguiente son pequeñas y poco productivas porque no hay riego. Las tierras, Valle de Oaxaca, son en general muy buenas.

Cuando la maestra, que se había graduado en una escuela rural campesina —especie de escuela normal rural—, vino al pueblito, se ganó la voluntad del vecindario por sus condiciones de trabajadora social. Consiguió de los comuneros que hiciesen una escuela nueva que costó 14,000 pesos mexicanos, (un peso mexicano vale 0.40 nuestros), de los cuales el gobierno puso 4,000 y el resto la comunidad. Trajo un albañil para dirigir las obras, que se hacían con la contribución de trabajo de los vecinos. El albañil durante su estada fué mantenido y alojado por rotación entre los comuneros.

Una vez hecha la escuela, los ejidatarios hicieron la casa de la maestra. Y luego ésta, tomando como modelo su propia casa, inició la reconstrucción de los jacales que sirven de viviendas a los comuneros. Pero éstos se resistieron a modificar sus casas. Entonces los convenció de que cada nuevo hogar que se formase en la comunidad tendría que instalarse en una vivienda nueva que los mismos comuneros construirían en un lugar determinado del predio comunal. Así lo hicieron y el nuevo pueblito a que ha dado lugar esta reforma edilicia —las casitas se construyen tomando como modelo la casa de la maestra— ya tiene como veinte viviendas nuevas.

Esta actividad social y cultural se vincula a muchas otras: la maestra es consejera de los vecinos, es también la enfermera que pone inyecciones y atiende a los enfermos. En los días de nuestra visita estaba trabajando por dotar de agua potable a la comunidad, que carece de ella.

El hecho de que cada comunero tenga en Animas Trujano, sólo dos hectáreas de tierra nos pone frente al problema, más difícil, que tiene

al resolver la población campesina de aquel país el minifundio. La gente es mucha y la tierra es poca; la población aumenta y la tierra no. De modo que la parcela que le toca a cada uno no alcanza, por su pequeñez o escasa productividad a subvenir a las necesidades de la familia. Puede ver, durante mis andanzas por Oaxaca, comunidades en las que las parcelas no exceden a media hectárea por ejidatario.

En "San Sebastián Abasco" las parcelas de cada comunero alcanzan sólo a 600 metros cuadrados. Como se comprende, sus productos no pueden alcanzar para alimentar a una familia. Por eso este pueblo, que es muy industrioso, se dedica a la fabricación de cestos. Un tipo de canastas muy particular que ha llegado a ser en algunas épocas una productiva industria de exportación.

En los días en que estuvimos en este pueblo había aparecido una fiebre infecciosa; posiblemente tifoidea. El maestro era el encargado de hacer de médico, pues según propia confesión, "le entiendo un poquito a la medicina", estaba capacitado para hacerlo. El centro sanitario de las comunidades es siempre la escuela rural.

El minifundio es el problema más grave de los campesinos. En Mitla, donde están las famosas ruinas zapotecas —la joya de más delicada calidad artística que conozco en arquitectura pre colonial— hay una comunidad con 826 familias. La propiedad territorial de la comunidad alcanza a 208 hectáreas de cultivo de temporal —secano— y de 16 de riego. Como se comprende, muy poca tierra para tanta gente. Las parcelas allí alcanzan a extensiones irrisorias: 25 surcos de cien metros cada uno, o franjas de tierra de 20 metros de ancho por cien de largo.

Mientras en la casa ejidal tomábamos el hospitalario mezcal —bebida parecida a la grappa— los indígenas me contaron sus dificultades, que son las de gran parte de México. La población crece y las tierras escasean. Las comunidades agrícolas se encuentran con que la producción es muy inferior al consumo.

UNA REUNION DE COMUNIDADES

La víspera de mi partida del Estado de Oaxaca se organizó para despedirme una concentración de comunidades en el valle de Etla tomando como centro un poblado que se llama Soledad. Se reunieron las comunidades de Soledad, Guadalupe, Santiago, San Isidro, Alemán y Natasdamas. Es decir, seis comunidades.

La reunión de más de dos mil personas, se hizo en la escuela,

que como es la casa del pueblo, resulta ser el centro obligado para tal clase de reuniones.

Cada comunidad se presentó con sus autoridades comunales: el Presidente, el Alcalde, el Regidor, el Presidente del Comité de Educación, el del Comité de Salubridad, etc.; autoridades elegidas popularmente en cada comunidad por término de tiempo establecido. Cada grupo de autoridades trae algunos centenares de comuneros como acompañantes.

En asamblea popular cada grupo de autoridades fué planteando al Director de Educación sus problemas. Tomé nota de todo aquello, porque me pareció más expresivo que cuánto pudiera narrar de cuenta propia.

Los de Matadamas pidieron una maestra para el costurero. Tienen máquina en la escuela, pero no sabían coser. Necesitaban una persona que enseñara la costura a máquina a las mujeres, costura que realizarían en la escuela y en la máquina de la escuela. Pidieron luego un telón para el teatro. El teatro es parte de la escuela y no vi ninguna que no tenga su teatro al aire libre. Completaron las peticiones con solicitud de arreglos para el local escolar.

Las autoridades de Soledad Etla solicitaron a su vez una planta eléctrica generadora de corriente —y un molino de nixtamal. Este molino tiene su hondo significado social.

Más corriente que el pan nuestro, es en México la tortilla de maíz. Para hacerla, el maíz se sancocha y luego se muele sobre una mesita de piedra de veinte centímetros de alto. La mujer ocupada en ese trabajo, está sentada en cuclillas y encorvada sobre la mesita. La compra del molino permitía liberar a la mujer de ese trabajo agobiador y denigrante hasta por la posición en que hay que realizarlo. —“Con eso contribuimos a levantar a las mujeres del suelo”, me decía el Director de Educación.

Pidieron también un pozo cuya financiación se resolvió de inmediato: con cinco pesos por cada ejidatario, se reunirían 1,600 pesos, suma suficiente para realizar la obra. Solicitaron además una máquina de coser y una maestra para la clase jardinera. Es curioso que junto a los beneficios materiales aparecen siempre exigencias de orden cultural: con el molino de nixtamal y con el pozo, venía el pedido de la clase jardinera.

Los del pueblo Alemán pidieron una bomba para sacar agua y mobiliario para la escuela. El Director de Educación les ofreció el mobiliario pero a condición de que ellos construyeran o compraran de su cuenta, la cuarta parte. ¿Por qué eso? Porque así el comunero que ha puesto su trabajo o su dinero en una cosa, la sienta suya, la vigila y la cuida. Muy distinto, de el todo le fuera dado sin ese esfuerzo.

En México no se hace una escuela, sino el aporte popular. La gente da lo que tiene: trabajo, dinero, materiales, etc. Lo importante es que aporte algo. Con eso la obra sale más barata y el campesino la siente suya porque le costó esfuerzo. (1)

Los de Guadalupe vinieron con aire de importancia y declararon que ellos habían resuelto ya todas sus dificultades.

Los de Santiago dijeron que iban resolviendo sus problemas y que estaban haciendo salones para la escuela. Querían organizar un costurero y tenían ya la máquina. La máquina de coser es allí una propiedad colectiva; no es propiedad de una casa. La máquina es de todas y el costurero es simplemente la reunión de las mujeres de la comunidad que vienen a coser alrededor de la máquina, por turno.

Los de Nazareno, un pueblo vecino, donde nos hicieron un recibimiento realmente emocionante, pidieron riego y una pequeña presa para poder captar el agua para regar. Las parcelas que tienen sólo alcanzan para el 50% de las familias; quiere decir que el otro 50% necesita tierras para vivir. Cada una de esas parcelas alcanza solamente a tres cuartos de hectárea; de manera que para ellos era fundamental el riego, porque con el riego aumentando el índice de productividad, podían disminuir el tamaño de las parcelas y, en consecuencia, dar tierra a los demás ejidatarios.

Esta comunidad tan pobre, que tiene la mitad de su gente sin tierras y cuyas parcelas son apenas de tres cuartos de hectárea, esta comunidad que alcanza por lo menos a mil personas, hizo una escuela que le costó \$ 54.000.00, — es decir, unos \$ 25.000.00 de nuestro país — de los cuales el Estado les dió solamente \$ 9.000.00. De manera que los \$ 45.000.00 restantes los pusieron ellos. La escuela con 460 alumnos, tenía clase jardínera.

Esto solamente narrando cosas de un Estado de México. Anduve después por muchos otros lugares y el fenómeno se repite bastante.

En el Estado de Nayarit, la tierra de Amado Nervo, fui a una comunidad que también me impresionó mucho. Eran las 8 de la mañana y

(1) La gratuidad de la enseñanza, principio de democracia educacional, tiene su contrapartida. El padre a quien la escuela le da todo, se desinteresa por la educación de sus hijos. Parecería contradictorio, pero veinte años de experiencia docente me permiten hacer esta afirmación: uno de los mayores prestigios de que goza la escuela privada es que se paga; como cuesta más, hay la creencia de que sale más.

Sin renunciar al principio de la gratuidad hay que imponer ciertos modos de colaboración a los vecindarios para vincularlos, en los hechos, a la vida escolar.

estaba toda la gente barriendo las calles. Ante mi extrañeza me contaron la historia del pueblito. Era un pueblo como todos los otros mejicanos: sucio, con sus jacalitos insalubres, sin agua, con mil dificultades como las tienen todos, donde duermen los perros, los gatos, los cerdos, los chicos, los grandes, las personas, todos juntos... Vino ahí una maestra y empezó por la escuela; hizo hacer una escuela nueva, y después tuvo la audacia de querer hacer un pueblo nuevo; se consiguió el apoyo de la gente convenciéndola. Cuando estuve allí no quedaban más que algunos jacalitos que otros, como testigos. Todo el pueblo se había transformado; la gente había arrasado sus ranchos y había hecho, casa por casa, todas las viviendas nuevas. Habían alineado las calles y habían puesto cercos de piedra a cada casa. En fin, habían construido aquel pueblito que era un ejemplo y, vuelvo a repetir, un domingo, a las 8 de la mañana, todos los pobladores estaban dados al barrido de las calles.

Me contaba uno de los comuneros de allí que, cuando terminaron de hacer la escuela, les dijo el cura que la iglesia estaba muy fea y que había que empezar por arreglar la iglesia, y que ellos le contestaron (copié las palabras textualmente): "Na más deje que terminemos la escuela y ya le daremos a la iglesia". Le "estaban dando" a la iglesia, precisamente en los días de mi visita.

Es curioso esto: la escuela tiene, como un comunero más, su parcela, que la trabaja la comunidad para beneficio de la escuela, y la iglesia tiene también, como un comunero más la suya, que la misma comunidad trabaja para beneficio de la iglesia. Vale decir que la iglesia tampoco es del cura, sino que es de la comunidad. Quien entre a cualquier iglesia mejicana encontrará una cosa que acá no se usa: los santos están vestidos, con ropas hechas por los mismos indios, que de cuando en cuando llevan a arreglar. Las gentes de la comunidad tienen sus imágenes que visten y cuidan porque saben que son de ellos.

ES UN DEBER CONOCER ESTAS COSAS

Todo el problema indígena en México es un problema obsesionante. Se comprende que en ese país, donde se hizo una revolución, el indio presenta una calidad distinta a la del indio de los otros países. Puede ser que yo no haya visto, por haber andado demasiado ligero en algunos lugares, las formas positivas de recuperación que puede tener el indio en Bolivia, en Perú, o en Ecuador. En Bolivia, por ejemplo, hay una cosa, que es lo que se llama "la experiencia de Warisata", que muestra que el indio es capaz de rehacerse y reconstruir su vida y su mundo.

En México eso ya está en marcha, y es curiosísimo ver cómo se puede transformar toda una organización de vida y toda una organización social, simplemente con el esfuerzo que los indios ponen en las cosas que están haciendo. Se llega hasta esto: en estos últimos tiempos, después de la reunión de la UNESCO, en México, se ha proyectado un ensayo educacional que comprende una zona de 10.000 hectáreas, más o menos, y que afecta a 29 comunidades, que se pueden calcular en 20.000 personas. Esta zona se ha organizado bajo un plan de transformación educacional. La base es la escuela, y todo lo demás: producción, economía, vitalidad, sanidad, industrialización de los productos y su comercialización, etc., todo gira en torno a la acción escolar. El plan está ya en marcha, pero lo sorprendente es ver el apoyo y la fe que los indígenas ponen en él.

Claro que ellos tienen un sentido de la comunidad, que nosotros no tenemos. Para ellos, la unidad social no es la familia; la unidad social es la comunidad. La comunidad es la que compra para todos; es la que vende para todos; es la que trabaja para todos.

Ahora, como última cosa, voy a narrar lo siguiente: en cada comunidad donde nos recibían, —honor que jamás me han dispensado en mi país — teníamos una orquesta actuando para nuestro solaz. En comunidades muy pobres, como en la de Mitla, gozábamos de una orquesta, una banda y un trío de guitarras que estaban nada más que dedicados a tocar, mientras nosotros primero conversábamos nuestras cosas y después comíamos. Como me sorprendió que en una comunidad tan pobre pudieran darse esos lujos, pregunté, — porque se veía que aquella gente actuaba cumpliendo un servicio, ya que no venfan ni a comer con nosotros, ni entraban en nuestras conversaciones, sino que sólo tocaban su música, — cómo habían contratado aquellos conjuntos. Me contestaron: “Son comunes como nosotros; están haciendo lo que llamamos el “tequio”, es decir, su parte de trabajo comunal”. Y me agregaba el Presidente de la comunidad: —“Cuando nosotros tenemos que trabajar para la comunidad, o aramos, o sembramos el predio de la escuela, o arreglamos el campo ejidal, o gobernamos la comunidad, o cuidamos la parcela de la Iglesia; ellos, en lugar de hacer ese trabajo, tocan música; ese es su trabajo corriente, igual que el que hacemos nosotros. Y usted los va a tener tocando todo el tiempo, que usted quiera, porque mientras tanto ellos están trabajando para la comunidad.”

Lamento que el tiempo sea poco y que haya tenido que estar abusando de la paciencia de ustedes; pero, en realidad, esto de la condición de “los de abajo” es un problema poco conocido y obsesionante. Obsesionan-

te porque por lo menos, entrar a conocerlo, es pagar una deuda de solidaridad que tenemos con estas gentes, que suman millones y millones y que tan dolorosamente viven en América. Y es un problema poco conocido porque, desgraciadamente, sobre estos países y sobre estas gentes, existe el peso de la dominación por muchos cientos de años de una casta oligárquica que, lo primero que quiere, es que no se conozcan las realidades de sus países y las tapa con apariencias, encubriéndolas. Esta casta dominante por legislaciones, o códigos, o disposiciones constitucionales establecidos por sus organismos políticos, procura dar apariencia de soluciones a problemas que, en la realidad, siguen siendo tan graves o más graves todavía que lo que eran antes de esas "soluciones".

El Código del Niño del Perú, poniendo por caso, que se cita en nuestros Institutos Normales como un ejemplo de perfección, nos deja maravillados por los derechos y las ventajas que tienen los niños peruanos. Pero hay que dejar el Código y entrar adentro del Perú para ver cómo es que viven los niños de aquel país.

Si se analiza, por ejemplo, el Código de Trabajo de Bolivia, o la Constitución ecuatoriana, o algunas leyes de Colombia, o algunos principios constitucionales en países de Centro América, donde se establece que sus presidentes durarán cuatro años y se quedan 15, o 18, o 20, nos quedamos maravillados del progreso que se ha registrado en materia legal y constitucional respecto de los derechos y de los deberes políticos y sociales de las gentes. Pero la realidad, desgraciadamente, es otra, y creo que el único modo de empezarle a entrar a estos problemas por sus puntos vulnerables, es comenzando a mostrar al desnudo sus tristes realidades.

Nada más.

(Muy bien! — Prolongados aplausos).